

Introducción a la avifauna del Valle del Pancrudo

Chabier de Jaime Lorén

RESUMEN. El valle del Pancrudo es un territorio que contiene una cierta variedad de ecosistemas. Bosques, matorrales, cultivos y roquedos albergan una gran riqueza de aves entre las que destacan las especies propias de ambientes esteparios, forestales y rupícolas. La abundancia de alimento durante la temporada de nidificación ofrece condiciones apropiadas para las aves estivales aunque también hay una notable porción de especies residentes e incluso algunas invernantes. Algunas de estas especies tienen un área de distribución escasa y otras están amenazadas. Ofrece condiciones apropiadas para el turismo ornitológico.

ABSTRACT. The Pancrudo's valley is a landscape with a diversity of ecosystems. Forests, shrubs, farmlands and rocky terrains host a big variety of birds, mainly those typical of these ambient. The abundance of food during the breeding season allows summer bird visitors to spread, although resident's species are also well represented, even some winter visitors. Some of these birds have a restricted distribution area and others are endangered. The Pancrudo River also allows the birding tourism.



1. Rasgos geográficos

El río Pancrudo nace a 1.260 metros de altitud en las tierras altas que hay entre la Comunidad de Teruel y las Cuencas Mineras. Recoge las aguas de un territorio de 465 km² que queda comprendido entre las sierras de Lidón y de Pelarda-Fonfría. Tiene un recorrido de 45 km. de longitud en el que resuelve un desnivel de 400 m. Es el principal afluente del río Jiloca en el que desemboca en el paraje de Entrambasguas en la localidad de Luco de Jiloca.

Como la cuenca hidrográfica no es muy extensa y las precipitaciones también son escasas, el caudal del río suele ser muy pequeño. Aunque el relieve no es muy acusado se trata de un río de montaña, de aguas claras, frescas y muy carbonatadas que proceden mayormente de la infiltración de las lluvias de primavera y de otoño. Las lluvias torrenciales no son raras y pueden producir crecidas puntuales. En verano, las extracciones de agua para el riego pueden reducir el caudal hasta dejar tan solo un arroyo.

Los materiales que conforman la cuenca son rocas sedimentarias depositadas durante el Mioceno en una cuenca lacustre formada al final de la orogenia Alpina. Predominan los conglomerados silíceos, arcillas rojas, margas, yesos y calizas dispuestos en estratos horizontales.

Esta disposición de las rocas permite comprender el relieve tabular formado por mesetas donde afloran los materiales resistentes (calizas) y vertientes formadas por aquellos más blandos (margas y yesos). En aquellas zonas donde predominan las arcillas y los conglomerados poco cementados, se crean cárcavas y barranqueras, aquí conocidas como tollos, cuando la erosión incide sobre ellos. En el fondo del valle, la acumulación de limos durante el Cuaternario ha formado una terraza fluvial en la llanura de inundación.

El clima de este territorio es mediterráneo de montaña y con una elevada continentalidad. La temperatura media anual es de 10 °C y las precipitaciones de unos 480 mm, teniendo estas una fuerte variación estacional e interanual.

El poblamiento humano es muy antiguo. Un conjunto de pequeños pueblos se distribuyen por la cuenca hidrográfica del Pancrudo, situándose la mayor parte en el fondo del valle. La población humana es muy escasa en la actualidad. La actividad agraria es la base de la economía y ha transformado la mayor parte de los bosques originales en matorrales y cultivos.

Tres espacios naturales comprendidos en el valle del Pancrudo están incluidos en la lista de Lugares de Interés Comunitario (L.I.C.): los Yesos de Barrachina y Cutan-

da, la sierra de Fonfría y el Sabinar de El Villarejo. La parte alta del valle forma parte de la Zona de Especial Protección para las Aves (Z.E.P.A.) Parameras del Campo de Visiedo.

2. Ambientes naturales

2.1. Los bosques

2.1.1. Los robledales: el marojal y el rebollar (o quejigar)

El **marojal** (*Quercus pyrenaica*) formaría el bosque característico de aquellas sierras menos secas en las que afloran cuarcitas, areniscas y conglomerados silíceos, es decir en la sierra de Cucalón (Torrecilla del Rebollar y Fonfría-Pelarda) y en el Alto Pancrudo (Torre los Negros y Portalrubio). Las escasas precipitaciones no le permitirían a este roble subesclerófilo de hoja amplia el formar masas puras, integrándose con el rebollo (*Quercus faginea*), roble también marcescente y tolerante a los suelos básicos pero de hoja más pequeña.

En la actualidad, los marojales aparecen como altos y densos matorrales con numerosos chirpiales que brotan de su desarrollado sistema radicular. En su sotobosque encontramos especies del estrato arbustivo como la madreselva (*Lonicera peryclimenum*), la lantana (*Viburnum lantana*), la cerecina (*Prunus mahaleb*) o la gazpotera (*Crataegus monogyna*), así como un estrato herbáceo con especies nemorales y exigentes en suelos maduros como *Luzula forsteri*, *Orchis purpurea*, *Lathyrus linifolius*, *Primula veris* o *Veronica officinalis*.

La intensa y secular presión agrícola y ganadera ha ocasionado el aclareo del marojal favoreciendo a las especies arbustivas propias de la serie regresiva de la sucesión (estepares y brezales) e incluso, si la degradación edáfica ha sido acusada, la entrada de la más austera carrasca (*Quercus ilex ssp. ballota*). Las sucesivas reforestaciones con coníferas (*Pinus sylvestris*, *P. pinaster* y *P. nigra subsp. nigra*) han arrinconado a los marojales a unos pocos enclaves favorables.

Se recomienda la visita al **marojal** que hay en la cabecera de la **rambla de Nueros**, muy cerca de la ermita de Pelarda (Olalla).

El rebollo (*Quercus faginea*) es el nombre popular del quejigo en la zona. Aunque se introduce en los marojales y en los carrascales silicícolas, conforma su propia comunidad vegetal, el rebollar, sobre las áreas montañosas menos secas en las que afloran sustratos básicos (calizas, dolomías y margas). Predominaría en las áreas elevadas de la sierra de Cucalón, las estribaciones de la sierra de Lidón y en los depósitos carbonatados terciarios del valle del Pancrudo.

Los rebollares también se encuentran en forma de arbustedos conformados por matas compuestas por numerosos pies procedentes del vigoroso rebrote que produce este roble cuando se tala o quema. Como el marajo, es una especie subesclerófila presentando marcescencia (mantiene la hoja seca durante el invierno); la renovación anual de la masa foliar aporta abundante biomasa al sustrato lo que le permite construir suelos profundos y fértiles.

En las áreas en donde el rebollar subarbóreo mantiene su estructura característica, se ofrecen condiciones para la presencia de serbales (*Sorbus aucuparia*, *S. aria* y *S. domestica*), el arce moscón (*Acer mosnopsulanum*), gayuba (*Arctostaphylos uva-ursi*), guillomera (*Amelanchier ovalis*), cerecina (*Prunus mahaleb*), lantana (*Viburnum lantana*), gazpotera (*Crataegus monogyna*), espantalobos (*Colutea arborescens*), etc. En el ambiente fresco y umbrío del rebollar prospera un estrato herbáceo en el que aparece *Hepatica nobilis*, *Primula veris*, *Campanula trachelium*, *Tanacetum corymbosum* o *Geum urbanum*.

Hay buenos ejemplos de rebollares calcícolas en Cosa, Barrachina y Bañón.

En esta zona se recomienda la visita al **rebollar del río Cosa**, arroyo que desemboca en el Pancrudo por su margen izquierda.

La comunidad de aves de los marojales y rebollares es poco específica. Predomina el petirrojo (*Erithacus rubecula*), el mirlo común (*Turdus merula*), el mosquitero papialbo (*Phylloscopus bonelli*), el pinzón vulgar (*Fringilla coelebs*) y el chochín (*Troglodytes troglodytes*).



La paloma torcaz o turcazo es una especie sedentaria que nidifica en los bosques. Foto: Rodrigo Pérez.

Menos abundantes son la totovía (*Lullula arborea*), el mito (*Aegithalos caudatus*), el herrerillo común (*Parus caeruleus*), el carbonero común (*Parus major*), el agateador común (*Certhia brachydactyla*), el reyezuelo listado (*Regulus ignicapillus*), la paloma torcaz (*Columba palumbus*), la tórtola común (*Streptopelia turtur*), el bisbita arbóreo (*Anthus trivialis*), el cuco (*Cuculus canorus*), el chotacabras gris (*Caprimulgus europaeus*) y el escribano soteño (*Emberiza cirrus*). Puede verse también la curruca mosquitera (*Sylvia borin*), el zorzal común (*Turdus philomelos*), el azor (*Accipiter gentilis*) y el gavilán (*Accipiter nisus*).

2.1.2. Los carrascales

La carrasca (*Quercus ilex* ssp. *ballota*) se extendería por zonas montanas más secas. Al ser una especie esclerófila y perennifolia, evita así la competencia con el más exigente rebollo. También es indiferente al pH del suelo. Aparece en montes de litología silíceas, como ocurre en El Pago (Lechago-Navarrete). Y en otros de sustrato carbonatado y de ombroclima más seco, como son las laderas en solana que descienden desde los montes de Cuencabuena, Cutanda y Navarrete del Río hacia el Pancrudo.

Los carrascales albergan un estrato arbustivo formado por guillomera (*Amelanchier ovalis*), enebros (*Juniperus communis* y *J. oxycedrus*), hierba pincel (*Stachys dubia*), endrino (*Prunus spinosa*), gayuba (*Arctostaphylos uva-ursi*), carrasquilla (*Rhamnus alaternus*), arto (*R. saxatilis*) y *Teucrium chamaedrys*, algunos de ellos son más propios de su orla espinosa. En enclaves menos secos o suelos algo más profundos puede hacer su entrada el rebollo.

En el valle del Pancrudo son escasos los carrascales. Se puede visitar el carrascal de la margen izquierda del embalse de Lechago junto a Los Tollos, espectaculares cárcavas sobre arcillas y muy cerca del comedero de aves carroñeras.

Las aves que predominan en el carrascal son la curruca carrasqueña (*Sylvia cantillans*), la curruca rabilarga (*Sylvia undata*), el mosquitero papialbo (*Phylloscopus bonelli*), el ruiseñor común (*Luscinia megarhynchos*), el mirlo común (*Turdus merula*), el escribano montesino (*Emberiza cia*), la totovía (*Lullula arborea*), el pinzón vulgar (*Fringilla coelebs*) y el verdicillo (*Serinus serinus*).

Menos abundantes son el zorzal charlo (*Turdus viscivorus*), la tarabilla común (*Saxicola torquata*), la curruca mirlona (*Sylvia hortensis*), el petirrojo (*Erithacus rubecula*), el mito (*Aegithalos caudatus*), la abubilla (*Upupa epops*), el escribano soteño (*Emberiza cirrus*), el cuco (*Cuculus canorus*), el pardillo (*Carduelis cannabina*), el alcaudón común (*Lanius senator*), el herrerillo común (*Parus caeruleus*), el carbonero común (*Parus major*), el arrendajo (*Garrulus glandarius*) y la perdiz roja (*Alectoris rufa*).

En zonas abierta puede encontrarse la cogujada montesina (*Galerita theklae*), el escribano hortelano (*Emberiza hortelana*) y el alcaudón real (*Lanius excubitor*). En las zonas de mayor cobertura suele observarse el gavilán (*Accipiter nisus*) y, más raramente, el azor (*Accipiter gentilis*) y el busardo ratonero (*Buteo buteo*).

2.1.3. Los sabinares

La **sabina albar** (*Juniperus thurifera*) es la única conífera autóctona capaz de formar bosques en la comarca, que si bien no son muy extensos ni muy puros sí presentan un indudable interés ecológico. Esta especie es todavía más resistente que la carrasca a la sequía, al frío invernal y al calor sofocante estival, por lo que la sustituye en aquellos enclaves en los que se acentúan las condiciones de continentalidad, como son las depresiones en las que se acumulan las masas de aire. Los sabinares albares son formaciones abiertas con aspecto adhesionado albergando una cohorte florística poco específica, más propia de pastizales heliófilos.

Los mejores sabinares albares son los de El Villarejo y Olalla. Ambas tienen ejemplares formidables.

La presencia esporádica de ejemplares de sabina albar en las vertientes del valle del Pancrudo (Navarrete, Cutanda, Cuencabuena), en pleno dominio potencial del carrascal sugiere que bien podrían ser en su momento masas mixtas.

Es muy recomendable la visita al **sabinar de Olalla**, bosque mixto de sabina albar, rebollo y carrasca con estructura de dehesa por su aprovechamiento ganadero tradicional.

La avifauna del sabinar es bastante parecida a la del carrascal y de los bosques de coníferas pero es de menor riqueza por la escasa cobertura del arbolado. Predominan la tórtola común (*Streptopelia turtur*), el zorzal charlo (*Turdus viscivorus*), la curruca mirlona (*Sylvia hortensis*), la paloma torcaz (*Columba palumbus*), el mirlo común (*Turdus merula*), el pinzón vulgar (*Fringilla coelebs*), la curruca carrasqueña (*Sylvia cantillans*), el verdecillo (*Serinus serinus*).

Son comunes las aves propias del matorral y de los límites del pastizal, como la totovía (*Lullula arborea*), la tarabilla común (*Saxicola torquata*), el escribano montesino (*Emberiza cia*) y el pardillo común (*Carduelis cannabina*). De manera menos regular se observa el zorzal común (*Turdus philomelos*) y el zorzal alirrojo (*Turdus iliacus*).

Al ser bosques aislados entre el matorral y los pastizales suelen ser adecuados para la nidificación del águila culebrera (*Circus gallicus*), el águila calzada (*Hieraetus pennatus*) y el busardo ratonero (*Buteo buteo*).

2.1.4. Los pinares

Los **pinares** no forman verdaderos bosques en la cuenca del Pancrudo. Es más, ni siquiera intervienen en las series regresivas de los bosques autóctonos, como así ocurre en otras áreas peninsulares. Sin embargo, han sido intensa y eficazmente plantados durante el siglo XX, sobre todo con fines de corrección hidrológica.

Su carácter alóctono se pone de manifiesto por la vulnerabilidad de sus masas ante los factores abióticos (sequías extremas) como bióticos (plagas, competencia con quercíneas). Otra muestra es la pobreza florística del sotobosque del pinar y su escasa influencia en crear microclimas, tan habitual en robledales y carrascales. Por ello, con el tiempo y sin intervención humana, los densos y extensos pinares de repoblación serían invadidos y sofocados por marojales, rebollares y carrascales. Son, pues, más cultivos forestales que verdaderos bosques.

Pueden verse repoblaciones de pino carrasco (*Pinus halepensis*) en las zonas menos frías en Entrambasaguas y Lechago, aunque aún así no soporta las esporádicas heladas extremas. El pino rodeno (*Pinus pinaster*) ha sido plantado sobre suelos silíceos y ombroclimas secos (Lechago y Cuencabuena). El pino negral o laricio de Austria (*Pinus nigra* subsp. *nigra*) ha sido empleado en áreas más frescas, sobre todo el Fonfría y Olalla, bien en masas puras bien intercalado con otros pinos. El pinar más antiguo y naturalizado de la comarca puede encontrarse en Torrecilla del Rebollar y Godos, siendo una masa mixta de pino albar (*Pinus sylvestris*) con marojo y rebollo que procede, al parecer, de una reforestación antigua.

Se recomienda la visita del pinar albar de **Cañada Madera en Torrecilla del Rebollar**.

Es un ambiente apropiado para aves como el carbonero garrapinos (*Parus ater*), el herrerillo capuchino (*Parus cristatus*) y el piquituerto (*Loxia curvirostra*). Otras son habituales en los bosques frescos como el pico picapinos (*Dendrocopos major*), el petirrojo (*Erithacus rubecula*), el trepador azul (*Sitta europaea*), el agateador común (*Certhia brachydactyla*), el bisbita arbóreo (*Anthus trivialis*) y el pinzón vulgar (*Fringilla coelebs*).

Son comunes otras especies forestales propias de los robledales y de los carrascales como el arrendajo (*Garrulus glandarius*).

No es difícil observar al águila calzada (*Hieraetus pennatus*), el gavilán (*Accipiter nisus*), el busardo ratonero (*Buteo buteo*) y, con más dificultad, el azor (*Accipiter gentilis*).

2.1.5. El bosque de ribera

Durante el Cuaternario, en el fondo del valle se han acumulado depósitos sedimentarios de origen fluvial formados por limos y materia orgánica. Estas vegas, además de su fertilidad natural, presentan una elevada humedad en el subsuelo debido a la proximidad del nivel freático, que llega a aflorar en periodos lluviosos. La composición de la cubierta vegetal en estos ambientes no depende tanto de las circunstancias climáticas sino de las propias características del suelo. Es por ello, que la inexistencia de déficit hídrico estival propicia la existencia de especies caducifolias, grandes árboles y arbustos que al disponer de una reserva hídrica regular en el sustrato pueden renovar totalmente su follaje anualmente.

En su origen la ribera del Pancrudo así como las de sus pequeñas ramblas y arroyos deudoras, dispondrían de frondosos bosques de sargatillos (*Salix atrocinerea*), olmos (*Ulmus minor*), chopos (*Populus nigra*) y álamos canos (*Populus canescens*), con sotobosque de sargas (*Salix eleagnos*) y cornejo (*Cornus sanguinea*), estando todo ello trabado por lianas de enreliadera (*Clematis vitalba*) y zarza (*Rubus ulmifolius*).

La temprana puesta en cultivo de la vega por el ser humano, mediante la roturación, apertura de drenajes y la creación de acequias transformó el sistema, obteniéndose huertas, con estrechas bandas de carrizal y de soto fluvial en las orillas de los ríos, introduciéndose otras especies forestales como el álamo, la noguera, el sabimbre o los chopos canadienses. Un específico sistema de tratamiento forestal de los chopos, permitió obtener varias gruesas ramas de cada pie, siendo regularmente cortadas a media altura lo que evitaba nuevas plantaciones y aseguraba del diente del ganado. Estos árboles, los chopos cabeceros, forman un elemento básico en el paisaje de la comarca del Jiloca, siendo uno de sus elementos de identidad natural y cultural.

Destacan las masas de chopo cabecero de **El Regajo (Navarrete del Río)**, la **vega de Barrachina**, el **punto de San Miguel (Torre los Negros)**, la **Riera (Nueros)** y la de **Valhondo (Torrecilla del Rebollar)**.

Los bosques de ribera albergan una comunidad de aves de extraordinaria densidad y diversidad. Está dominada por el ruiseñor común (*Luscinia megarhynchos*), el mirlo común (*Turdus merula*), el carbonero común (*Parus major*), el zarcero común (*Hippolais polyglotta*), el ruiseñor bastardo (*Cettia cetti*), el escribano soteño (*Emberiza cirulus*), la curruca capirotada (*Sylvia atricapilla*) y la curruca mosquitera (*Sylvia borin*). Son comunes la paloma torcaz (*Columba palumbus*), la oropéndola (*Oriolus oriolus*), el pito real (*Picus viridis*), el pico picapinos (*Dendrocopos major*), el zorzal charlo (*Turdus viscivorus*), el cuco (*Cuculus canorus*), el auillo (*Otus scops*), el mito (*Aegithalos caudatus*), el agateador común (*Certhis brachydactyla*), el verderón común (*Carduelis chloris*), el pinzón vulgar (*Fringilla coelebs*), el gorrión molinero

(*Passer montanus*), el estornino negro (*Sturnus unicolor*), la urraca (*Pica pica*), el herrerillo común (*Parus caeruleus*) y el jilguero (*Carduelis carduelis*). Menos frecuentes son el cernícalo vulgar (*Falco tinnunculus*), el alcotán (*Falco subbuteo*), el buho chico (*Asio otus*) y el busardo ratonero (*Buteo buteo*). Puntualmente se ha localizado pico menor (*Dendrocopos minor*).

2.2. Los matorrales y pastizales

De acuerdo con sus características del suelo y del clima, la vegetación potencial en la mayor parte de la comarca correspondería a los bosques de quercíneas (carrasca, rebollo y marojo) y, en menor medida, a los sabinares.

Sin embargo, en aquellos enclaves en los que el suelo presentaba un escaso desarrollo por razones topográficas, las comunidades vegetales de mayor madurez serían unos matorrales formados por especies propias de las etapas subseriales de los antedichos bosques.

Las perturbaciones de las comunidades vegetales maduras pueden producirse por causas naturales (incendio, presión de herbívoros salvajes) o, como ha sido más habitual desde la irrupción de la especie humana, por las transformaciones que ésta ha ocasionado en forma de talas, roturaciones o sobrepastoreo. Cuando se dan estas perturbaciones, las comunidades climácicas dan paso a otras transitorias, con una menor complejidad estructural, fisionómica y funcional, las etapas seriales. Éstas son inestables, por lo que tienden a evolucionar hacia las etapas clímax siempre y cuando la degradación edáfica no haya sido acusada y no haya modificación climática sustantiva.

Ahora bien, cuando la erosión del suelo ha sido intensa se han perdido sus horizontes superficiales, llegando incluso a aflorar la roca madre. Esta realidad ha favorecido a las comunidades de las etapas intermedias, por lo que les corresponden en la actualidad una superficie territorial muy superior a la que debería tener en el paisaje vegetal previo a la humanización de esta zona.

La degradación de los marojales y rebollares silicícolas da lugar a matorrales en los que intervienen el enebro (*Juniperus communis* subsp. *hemisphaerica*), la gazpotera (*Crataegus monogyna*), el arañón (*Prunus spinosa*), diversas escobas (*Genista pilosa*, *Cytisus scoparius*) y brezo blanco (*Erica arborea*); cuando se intensifica el aclareo se forman densos estepares (o jarales) de *Cistus laurifolius* y si la iluminación se incrementa aparecen los brezales con biércol (*Calluna vulgaris*) y cantueso (*Lavandula pedunculata*). Las etapas más inmaduras de la serie dinámica de estos robledales son pastizales de gran diversidad florística en los que, entre otras especies herbáceas más comunes, encuentran su hábitat delicadas plantas de gran interés biogeográfico

como son *Iris spuria*, *Cicendia filiformis*, *Daucus durieua*, *Exaculum pusillum*, *Linum tryginum*, *Molineriella laevis*, *Campanula lusitanica*, *Digitalis purpurea*, etc.

Esta comunidad puede observarse en algunas laderas de la sierra de Fonfría y de Torrecilla del Rebollar, en Valverde-Collados y en las vertientes del Puerto de Mínguez (Portalrubio y Torre los Negros) que no fueron reforestadas con pino y donde se ha recuperado el matorral al cesar el pastoreo.

Las aves más comunes en los estepares son la curruca rabilarga (*Sylvia undata*), la collalba rubia (*Oenanthe hispanica*), la tarabilla común (*Saxicola torquata*), la totovía (*Lullula arborea*), la cogujada montesina (*Galerida thecklae*) y el escribano montesino (*Emberiza cia*).

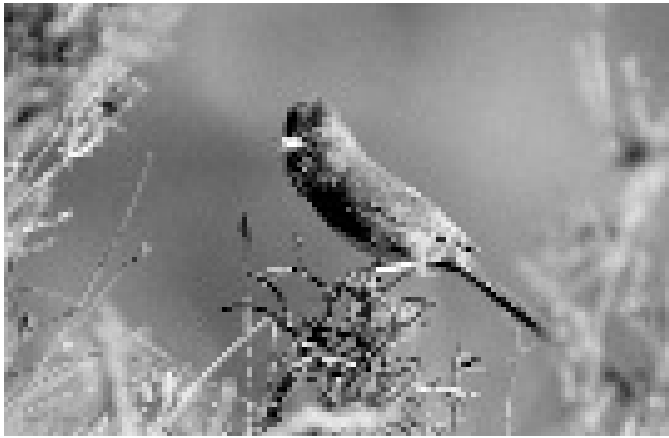


La collalba rubia o zurribalba es un pájaro de alimentación insectívora que llega a los matorrales abiertos del valle del Pancrudo en primavera para criar. Foto: Rodrigo Pérez.

Tras su alteración, los rebollares basófilos se enriquecen en gayuberas (*Arctostaphylos uva-ursi*), artos (*Rhamnus saxatilis*), enebros (*Juniperus communis*) o guillomeras (*Amelanchier ovalis*). Si se intensifica la deforestación, estos densos matorrales son sustituidos por otros abiertos y soleados compuestos por salvia (*Salvia lavandulifolia*) y espliego (*Lavandula latifolia*), donde no falta la aliaga (*Genista scorpius*), la efedra fina (*Ephedra nebrodensis*), la ajedrea (*Satureja intricata*) y el tomillo (*Thymus vulgaris*). El uso reiterado del fuego por el pastor sobre estos matorrales fomenta unos herbazales más pastables en los que predomina el fenalar (*Brachypodium phoenicoides*) en suelos profundos, el lastonar (*Brachypodium retusum*) con aliaga y tomillo en áreas más soleadas y suelos someros o el erizón (*Erinacea anthyllis*) en las áreas expuestas al viento.

Es la forma de vegetación real más común en la mayor parte del fondo del valle.

En los aliagares y lastonares hay poca variedad de aves aunque esta comunidad se enriquece si aparece salpicado de árboles o arbustos. Destaca la curruca rabilarga (*Sylvia undata*), el pardillo común (*Carduelis cannabina*), la cogujada montesina (*Galerida theklae*), el alcaudón real (*Lanius excubitor*), el alcaudón común (*Lanius senator*), la bisbita campestre (*Anthus campestris*), la tarabilla común (*Saxicola torquata*), el escribano montesino (*Emberiza cia*) y la collalba gris (*Oenanthe hispanica*). En algunas zonas puede observarse la curruca tomillera (*Sylvia conspicillata*) y el escribano hortelano (*Emberiza hortelana*).



La curruca rabilarga está presente durante todo el año en los aliagares desde donde emite su vibrante reclamo. Foto: Rodrigo Pérez.

Los matorrales que se obtienen tras la degradación de los carrascales silicícolas son bastante similares a los de los robledales acidófilos. En ellos predomina la estepa (*Cistus laurifolius*) con enebro (*Juniperus communis*), gazpotera (*Crataegus monogyna*), escaramujo (*Rosa canina*) y gayuba (*Arctostaphylos uva-ursi*), aunque en las áreas más soleadas y de suelo menos profundo hay brezales de biércol (*Calluna vulgaris*) y cantueso (*Lavandula pedunculata*). La etapa subserial regresiva corresponde al tomillar (*Thymus vulgaris*, *T. mastichina*) con aliaga (*Genista scorpius*) y lastón (*Brachypodium retusum*), siendo el paisaje vegetal más común en extensos montes de las sierras cuarcíticas y pizarrosas deforestadas.

Por el contrario, los matorrales propios de la serie dinámica de los carrascales basófilos contienen especies compartidas con los amplios páramos ibéricos. Así, y en una primera etapa, además de escaramujo, gazpotera, guillomo y enebro, aparece tam-

bién espliego, ajedrea, sabina negral (*Juniperus phoenicea*) y junza (*Aphyllantes monspeliensis*). Los pastizales propios de las etapas pioneras albergan especies muy resistentes a la sequía predominando el tomillo, la aliaga, el lastón, el gamón, presentando especial interés las formaciones almohadilladas de toyago (*Genista mugronensis*), vicariante del erizón en los páramos más secos.

Los páramos más característicos se encuentran en la cabecera de la cuenca hidrográfica del Pancrudo, en los términos de Cosa, Bañón y Pancrudo. En menor medida, hay pequeñas muelas con ambientes esteparios en Cuencabuena, Torrecilla del Rebollar y Cutanda.

Se recomienda visitar las lomas del entorno del **monte Atalayas de Corbatón**.

La de los páramos constituye la comunidad de aves esteparias más característica de la cordillera Ibérica. Las especies dominantes son la terrera común (*Calandrella brachydactyla*) y la alondra común (*Alauda arvensis*) y, en menor medida, la collalba gris (*Oenanthe oenanthe*), la collalba rubia (*Oenanthe hispanica*) y la bisbita campestre (*Anthus campestris*). En las parameras más extensas pueden verse el rocín o alondra ricotí (*Chersophilus duponti*), la ganga-ortega (*Pterocles orientalis*), el alcaraván común (*Burhinus oedicnemus*) y el sisón (*Tetrax tetrax*).

2.3. Vegetación rupícola

En ciertas zonas del valle aparecen roquedos.

Según las variaciones en exposición, topografía y presencia de agua, se crea una gama de ambientes diferenciados como son los páramos, crestas, cantiles, fuentes o canchales. Estas formaciones rocosas, sin ser de grandes dimensiones, sí permiten crear condiciones propicias para una flora y fauna rupícola muy especializada y de gran interés.

En las umbrías de las paredes calizas se refugian especies endémicas, como son *Saxifraga moncayensis*, *Linaria badalii* o *Sideritis spinulosa*, y no pocos helechos fisurícolas (*Asplenium ruta-muraria*, *A. trichomanes*, *A. fontanum*) se acantonan también en estos peñascos. Una buena muestra puede encontrarse en el Puente de San Miguel (Torre los Negros).

Los páramos y crestas son medios muy desecados, por la intensa exposición solar y eólica así como por su suelo poco estructurado y permeable. En ellos predominan pulvínulos espinosos de *Erinacea anthyllis* y céspedes austeros de *Koeleria vallesiana*, *Festuca hystrix*, *Avenula bromoides*, etc. bien adaptadas a la secular presencia de

los herbívoros. En las solanas abunda también el apreciado té (*Jasonia glutinosa*) y la robusta sabina negral (*Juniperus phoenicea*).



El roquero rojo gusta de solearse en los peñascos mientras emite su canto nupcial en el mes de mayo. Foto: Rodrigo Pérez.

En los pequeños cortados de la roca caliza puede observarse el roquero rojo (*Monticola saxatilis*), el roquero solitario (*Monticola solitarius*), el cernícalo vulgar (*Falco tinnunculus*), el águila real (*Aquila chrysaetos*), la chova piquirroja (*Pyrhocorax pyrrhocorax*), el colirrojo tizón (*Phoenicurus ochrurus*), el gorrión chillón (*Petronia petronia*), la grajilla (*Corvus monedula*), el cuervo (*Corvus corax*), el avión roquero (*Ptyonoprogne rupestris*), la collalba negra (*Oenanthe leucura*), el buitre leonado (*Gyps fulvus*) y el búho real (*Bubo bubo*).



El roquero solitario mantiene una pequeña población residente en las crestas calizas del valle del Pancrudo. Foto: Rodrigo Pérez.

2.4. Vegetación gipsófila

En otros casos, el sustrato presenta una cantidad tal de sales que resulta inadecuada para el desarrollo de la vegetación climática, siendo colonizadas por plantas muy especializadas que toleran estas condiciones tan limitantes.

Esto ocurre en buena parte del valle del Pancrudo donde el río ha realizado una profunda incisión sobre las poco consistentes margas yesíferas del Mioceno. En estas vertientes encontramos herbazales abiertos en los que predomina el arnacho (*Ononis tridentata*) y otras plantas gipsícolas como *Herniaria fruticosa*, *Launaea pumila*, *Reseda stricta*, etc. Debe destacarse la importancia de la biodiversidad de los **aljezares de Navarrete-Barrachina** en el contexto de la Unión Europea (Aragón alberga la mitad de sus zonas yesíferas) por lo que estos hábitats se han considerado de conservación prioritaria en la directivas comunitarias.



El valle del Pancrudo es el hábitat ideal para el abejaruco pues encuentra un sustrato rocoso apropiado para abrir galerías y abundantes insectos voladores. Foto: Rodrigo Pérez.

En las laderas de los montes en los que aflora el yeso se desarrolla un herbazal con arbustos dispersos en los que predomina la cogujada montesina (*Galerida thecklae*), la curruca rabilarga (*Sylvia undata*), el pardillo común (*Carduelis cannabina*), el abejaruco (*Merops apiaster*) y la collalba rubia (*Oenanthe hispanica*). También hay perdiz roja (*Alectoris rufa*), escribano montesino (*Emberiza cia*) y triguero (*Miliaria calandra*).

2.5. Cultivos y otros ambientes antropógenos

La actividad humana desempeñada durante siglos ha sustituido los bosques y matorrales por cultivos en los que cubrir las necesidades alimenticias humanas y las de

sus animales domésticos. Pueden considerarse como unos ecosistemas monoespecíficos muy productivos y que funcionan con la regular intervención del agricultor el cual aporta materia (agua, abonos) y energía (laboreos).

En los secanos predominan los cultivos de cereal. Amplios campos de labríos o mieses, según el ciclo agrícola, se extienden por las planicies y lomas de la cabecera del valle, en las laderas en forma de terrazas y en el fondo del valle. Se produce, sobre todo, cebada y en menor proporción trigo, centeno o avena. El girasol entra también en la rotación de cultivos, junto con algunas leguminosas como la veza o el pipirigallo.

A lo largo de todos estos medios consigue desarrollarse una comunidad de plantas oportunistas propias de suelos removidos y con ciclo vegetativo muy corto. Esta flora arvense, que contiene una amplia gama de especies de diverso ámbito biogeográfico y sostiene una fauna con rasgos esteparios.

En las zonas más amplias de la parte alta del valle domina la calandria (*Melanocorypha calandra*), la alondra común (*Alauda arvensis*) y el triguero (*Miliaria calandra*). En los secanos cerealistas del resto ofrecen ambientes apropiados a la cogujada común (*Galerida cristata*) y la collalba gris (*Oenanthe oenanthe*).

Un patrimonio natural que se encuentra amenazado es el conjunto de árboles (carrascas y rebollos) que han permanecido en las lindes de los campos de secano que se encuentran próximas a los montes. Estos setos, pequeñas arboledas o árboles aislados ofrecen el hábitat a especies de plantas y animales, algunas escasas y valiosas, favoreciendo la biodiversidad de los campos, protegen de la erosión mejorando su fertilidad y enriquecen notablemente el paisaje.

En los regadíos, que ocupan una extensión muy inferior, se cultiva trigo, maíz y chopos canadienses. También alberga sus propias especies silvestres, mucho más desarrolladas y exigentes de la vega es habitual en humedad.

En los cultivos el triguero (*Miliaria calandra*), la lavandera boyera (*Motacilla flava*), la codorniz (*Coturnix coturnix*) y el buitrón (*Cisticola juncidis*). Se ha localizado criando al aguilucho cenizo (*Circus pygargus*).

En las zonas urbanas y en los edificios aislados domina el gorrión común (*Passer domesticus*) y el estornino negro (*Sturnus unicolor*). Son comunes el vencejo común (*Apus apus*), la golondrina común (*Hirundo rustica*), el colirrojo tizón (*Phoenicurus ochruros*), la lavandera blanca (*Motacilla alba*), el gorrión molinero (*Passer montanus*), la tórtola turca (*Streptopelia turtur*), la abubilla (*Upupa epops*) y la lechuza común (*Tyto alba*).



El aguilucho cenizo nidifica en los campos de cereal del fondo del valle.
Foto: Rodrigo Pérez.

2.6. Cursos de agua, carrizales y zonas húmedas

En el río Pancrudo y los arroyos que lo alimentan se puede observar la la garza real (*Ardea cinerea*), la lavandera cascadeña (*Motacilla cinerea*), el buitrón (*Cisticola jun-cidis*) y la lavandera blanca (*Motacilla alba*). Más localmente puede verse el martín pescador (*Alcedo atthis*), el andarrios chico (*Tringa hypoleucos*).

Cuando las aguas se remansan se forman herbazales formados por carrizo (*Phragmites australis*), adelfilla (*Epilobium hirsutum*) y otras megaforbias que soportan el encharcamiento. En estos ambientes es común el ruiseñor bastardo (*Cettia cettia*), el carricero común (*Acrocephalus scirpaceus*), la gallineta común (*Gallinula chloropus*), el ánade azulón (*Anas platyrhynchos*) y, de forma ocasional, el aguilucho lagunero (*Circus aeruginosus*).

La inminente conclusión del embalse de Lechago presumiblemente creará en su cola un ambiente favorable para la vegetación palustre. En una pequeña masa de agua que temporalmente se ha formado en una depresión del vaso en construcción se ha observado la gaviota reidora (*Larus ridibundus*), el ánade azulón (*Anas platyrhynchos*) y la focha común (*Fulica atra*).

3. Bibliografía

- BENEDICTO, E. (coord.) (2003): *Comarca del Jiloca*. Ed. Diputación General de Aragón. Zaragoza.
- DE JAIME, Ch. (2001): *Jiloca, Gallocanta y sierra de Cucalón*. Ed. Prames. Zaragoza.
- HERRERO, F. [coord.] (2007): *Jiloca*. Departamento de Medio Ambiente. Gobierno de Aragón. Zaragoza.
- MATEO, G. (1990): *Catálogo florístico de la provincia de Teruel*. I.E.T. Teruel.
- MONTSERRAT, P. (1986): *Flora*. Enciclopedia Temática de Aragón, Tomo 6. Eds. Moncayo. Zaragoza.
- NAVARRO, D. (1991): *Geología y recursos naturales de la comarca del Jiloca*. Xiloca nº 7. C.E.J. Zaragoza.
- SAMPIETRO, F.J.; Pelayo, E.; Hernández, F.; Cabrera, M.; Guiral, J. (1998): *Aves de Aragón: Atlas de especies nidificantes*. Ed. Ibercaja y D.G.A. Zaragoza.